

MISCELANEA

EL LENGUAJE NATURAL

El lenguaje natural se ha sentido desde remotos tiempos y ha sido señalado por filólogos y filósofos como elemento de creación o de enriquecimiento de los idiomas, y, sin embargo, en un juicio de millares de años su presencia ha sido casi insentida y su estimación casi nula.

Este escaso aprecio no puede ser un caso de azar y de mala fortuna, sino que ha de obedecer a motivos fundados. Las creaciones de onomatopeyas, producidas en todas partes y oídas por todos, que casi nunca vemos incorporadas al castellano común, deben ser omitidas por alguna causa.

Las voces naturales, que son producción continua de todos los tiempos en proporción considerable y que los filólogos las desestiman, deben ser desestimadas por alguna razón y, en efecto, hay que reconocer que justas o injustas, admisibles o no, hay razones que explican este juicio universal adverso al lenguaje natural, como las hay cuando una clase profesional o los ocupantes de un vehículo rechazan todo elemento ajenado, y como el cuerpo constituido rechaza todo cuerpo extraño.

La oposición fundamental de toda lengua culta es por ser culta y por ser plebeyo el lenguaje natural o en su origen o en su vida. El hombre culto no admite más que en la intimidad las onomatopeyas de las voces y ruidos y no las acepta en el uso común de las palabras.

Este proceder general de no admitir en el uso normal las voces naturales es más rígido en el español por un complejo ingénito de seriedad. Por este empaque nativo, el español culto no recoge este uso popular y el literato español sólo lo acepta en algún raro remedo de las costumbres populares. Al español le chocan las lenguas liberales como el inglés, en que un humorismo indulgente ha visto la gracia y la expresividad de las onomatopeyas y las ha incorporado al habla normal y las ha dignificado en el más alto estilo literario.

Si las onomatopeyas de la plebe han pasado a millares el muro de

los cultos ha sido por la sordera mental de éstos, que no ha sabido distinguir las, al mezclarse con la multitud las voces pasadas. Por ser sólo su presunta cultura la razón de los que rechazan las onomatopeyas, no hay que decir que éstas tienen vía libre en los pueblos incultos y que éstos llevan indeleble su sello en sus idiomas y que éstos son los que merecen una más extensa investigación de esta clase.

Algunos, como el antiguo tagalo, sorprendido por los primeros misioneros españoles en plena actividad ecoica, es donde mejor puede estudiarse el técnico esta fineza interpretativa a la que no llega el hombre de ciudad.

Los técnicos del lenguaje, por hombres cultos, no han permitido recoger, en gramáticas y diccionarios, onomatopeyas populares y, por el prejuicio del idioma que estudian, no se han dignado analizar las voces naturales del pueblo ni las que subrepticamente han traspasado el muro y han dejado de parecer naturales.

En conjunto, la humanidad, que ha comprendido bien que el arte de la pintura y de la cultura ha nacido en todos los tiempos y lugares como copia de las formas de la Naturaleza por vía visual, no ha comprendido que haya debido de pasar, como copia de los ruidos de la Naturaleza, por vía oral, una buena parte a las lenguas sin aduanas y una parte importante en las lenguas cultas, cuando no lo eran del todo o cuando la vigilancia del tránsito era menos rígida.

El tema del lenguaje natural, removido por Platón, cien veces discutido en vano, parece moverse ahora por caminos mejores y no por la vía abstracta impracticable del sí o del no, que no conduce a ninguna parte.

Si hay lenguaje natural, como todos admiten, en pequeña o grande proporción, la única discusión práctica es medirla; y no con vagas razones lógicas, sino con pruebas históricas, a las que se sometan, una a una, las voces dudosas de los idiomas. Si son decenas o millares las voces naturales de un idioma, no lo aclarará ningún argumento genérico, sino el examen de cada palabra, sometida a las conocidas piedras de toque de su geografía y de su historia formal y semántica. Si una voz vive sobre las más apartadas zonas del mundo y es inexplicable por comercio lingüístico, y representa un eco de las voces de la Naturaleza de las vivientes o de las cosas, no podrá parecer aventurado que se la considere voz sin patria y sin cronología, gemela de la que nazca en cualquier tiempo y en cualquier país, como creación natural de la hermandad humana. ¡Y estas voces, que suman millares, se pretende nacionalizarlas en catálogos de lenguas o en tipos fonéticos raciales, y estudiarlas con

una lingüística del país y no con una lingüística general, diacrónica y diatópica o, mejor, universal y eterna del hombre!

Esta aplicación errónea de principios y métodos de la lengua herencial de cada país a la lengua natural es explicable, porque a la masa patrimonial se ha incorporado insentidamente la gran masa anónima natural, en su mayoría uniformada con aquélla. Pero esta confusión natural en los usuarios del idioma es inadmisibles en los técnicos de él al no distinguir los orígenes distintos de las voces y caracteres típicos y esenciales de ellas, que no concuerdan con los principios y normas lingüísticas de la lengua heredada.

El primero y fundamental principio de la filología herencial, mal aplicado a todas las voces, es la realidad o la suposición de que un grupo de idiomas procede de una vieja lengua común. Y el primer principio fundamental de la filología natural es que una masa de voces, minoritaria o mayoritaria, de cualquier idioma, no procede de otra lengua, sino que es creación independiente y coincidente con otras.

El segundo principio fundamental de la filología herencial es que las variantes formales de cada palabra hay que reducirlas a un tipo original único. Y el segundo principio fundamental de la filología natural es que las variantes naturales ni deben ni pueden reducirse a la unidad, porque nacen independientes y en distintos lugares, y en distintas condiciones, por ser distintos los ruidos originales, o la acuidad auditiva, o la atención del oyente, o la habilidad interpretativa para alfabetizar los ruidos.

El tercer principio fundamental de la filología dominante es que la fonética ha de ser la piedra de toque en la historia formal de la palabra, y la filología naturalista comprueba que unas voces naturales sedimentadas en la lengua común se someten a la fonética de ésta, pero muchas son insumisas a ella, porque muchas creadas se recrean después del ciclo de actividad de una ley fonética, y muchas están bajo la acción de la voz o ruido original repetidamente renovados.

Por esta equivocada aplicación de principios de la filología herencial, los técnicos magistrales de ésta no han llegado a formar la nueva ciencia de la filología natural, porque no podían hallar un tronco genealógico donde no había genealogía, ni podían encontrar unidad donde había una esencial variedad originaria, ni podían comprobar las leyes fonéticas donde éstas no actúan.

Los grandes filólogos del siglo XIX que presintieron la gran importancia del lenguaje natural, desistieron pronto ante el laberinto onomatopéyico de decenas de formas que no había medio de unificar. Además, ante la seria empresa de la genealogía de las hablas románicas, magis-

tralmente coronada, los grandes etimologistas hallaban humilde y poco serio el estudiar las plebeyas creaciones onomatopéyicas y los desacreditados métodos del simbolismo fonético en manos infelices, sin idea clara del lenguaje.

Pero esos pasos interrumpidos de los maestros suscitaron el aprecio del tema; y la filología empieza a renunciar a los prejuicios, y a no desdeñar lo desdeñado ni lo humilde, sino a revisar lo alto y lo bajo de su ámbito, para utilizar sin reparos todo lo utilizable. Yo parto ya en mis trabajos de los tipos originales varios, distinguiéndolos por sus vocales y por sus consonantes: *chap, chep, chip*, etc.; *klac, klic, klok; tak, tek, tok; tivak, tivek*, etc.; *pak, pek, pik; tan, ten; dan, din, don; zap, zop*, porque son distintos desde su nacimiento, y recojo como tipos independientes hasta los que se creía índices gramaticales, como *tang* y *tag, tak*, supuesto temporal de presente, y *chapl, teingl, tuangl*, supuesto frecuentativo de *chap, ting*, porque *n* nace de una real resonancia cóncava y *l, v* de una real resonancia cinética.

Al análisis de las voces naturales hay que llevar el más desacreditado sistema, que es el simbolismo literal, y esto como fundamental principio, depurado y aclarado en la más alta fonética. Este principio, comprendido por serios, como Platón, y puesto en ridículo por ilusos y locos, ha sido elemento capital en la creación de todas las onomatopeyas. El mundo anónimo de sus inventores tenía sólo una subconsciencia de su mecanismo oral, pero tenía un instinto seguro de poder imitar con él las más dispares voces de los animales y de las cosas, con una idea clara de cada vocal y de cada consonante. Todos sintieron el paralelismo de la blandura de los sonidos de los labios con los sonidos blandos de la voz del cordero y del agua que fluye, y el parecido de los sonidos móviles de la lengua con la voz móvil de tantas vibraciones blandas de las cosas; y así, en cada caso del instrumental de la divina orquesta, entregada a la inteligencia y a la habilidad del hombre. Con más o menos afinación, todos los hombres de todos los lugares han sabido cumplir la traducción de la maravillosa sinfonía con que la Naturaleza canta.

Sólo la pedantería ha podido creer que esta divina habilidad podía servirle de clave para abrir él el misterio de las palabras que han perdido o nunca tuvieron condición de onomatopeyas.

Alejados por el embrollo del material, imposible de ordenarse en prototipos únicos, por la plebeya y humilde condición del tema, por la falta de un especial sistema firme y detallado de investigación y por el descrédito de extravagantes ensayos, las grandes figuras de la etimología románica y germánica no se han prestado a una dedicación abierta,

y se han limitado a recoger en modestos rincones las voces naturales.

Los romanistas, que tienen a la vista la tierra de origen, han abierto algo su comprensión a las voces que evidentemente son inexplicables por el latín. Pero los grandes etimologistas germánicos, que no tienen una vieja tierra imperial para su brújula, han forjado sólo magníficos diccionarios comparativos, que serían etimológicos reales si en la ingente masa de voces de origen natural de sus lenguas señalasen este origen, pero que sólo lo son parcialmente, porque este origen, en la mayor parte de los casos, lo ofrecen dubitativamente o lo silencian. Si los creadores de la filología moderna callan el origen natural de centenares o millares de voces, del tipo de *drink*, *dandy* y otros aún más evidentes, causan con su desamparo un daño grave a esta nueva ciencia, cuyas puertas entreabrieron hombres suyos, como Schuchardt, Wackernagel, Braune, Kisslin, Winteler, Leskien, Hanschild, Hilmer, Voig y otros.

Por si era poco lamentable esta inhibición de la tierra de la luz, llega de ella un libro, que rompe con el secular rigor y seriedad de la filología germana, el nuevo libro *Sprache der Eiszeit. Die Archetypen der Vox humana*, de Richard Fester, con prólogo del profesor Dr. Herbert Kühn. Este lo presenta con un caluroso y convencido prólogo, en el que dice: «la filología indoeuropea iniciada por Bopp en 1833 dio a conocer la relación de las lenguas, partiendo de formas modernas, para llegar a las más arcaicas. Dejando estos medios anticuados, Fester parte de arquetipos de voces del glaciario, que son fundamento de las lenguas de todos los continentes... Nadie hasta ahora ha andado este camino... El trabajo de Richard Fester aparece para mí en su sencillez, claridad y fuerza creadora como el auténtico camino retrospectivo, como un acontecimiento de la ciencia, como una investigación digna de la consideración más profunda... Encontrará obstáculos, como todos los grandes descubrimientos, y la tradición se colocará en contra de lo nuevo... Yo, al final de un largo camino, estudiando la intelectualidad del hombre primitivo veo ahora que el camino que nos muestra Richard Fester es el que la Naturaleza verdaderamente ha seguido. Nosotros, que hemos dedicado la vida al estudio del arte, religión y pensamiento del hombre primitivo, ignorábamos su lengua y preguntábamos por ella. En este libro hallamos la adecuada respuesta a nuestra pregunta.» En este prólogo del conocido historiador germano sorprende que no haya percibido una flagrante incongruencia, al presentar el claro desarrollo intelectual del hombre de las cavernas, con ideas religiosas y con una notable habilidad para copiar visualmente las formas de la Naturaleza, y sin habilidad para copiar oralmente los innumerables ruidos en que su vida estaba sumergida,

propiamente mudo, sin más elocución que las voces de su supuesto antecesor, el antropopíteco, con un repertorio más reducido que los de los monos actuales. Esta idea de su mudez, jocosa para un lingüista, no puede ser seria ni para el prehistoriador, que ha de suponer la correlación en el desarrollo de las facultades, y no es convincente para el profano, que no comprende que dejase de recoger este hombre los ruidos orales de los que convivían con él en el refugio, y las voces de los animales, y la voz del trueno y de la lluvia, y de tantos ruidos y voces que, desde el primer tiempo, tomó sin aprenderlo de los hombres ni de los diccionarios.

El autor del libro no sigue el penoso camino de los indoeuropeístas de recoger amplísimos datos modernos para llegar a una lengua más antigua que sea arquetipo, sino que, de una vez, por suposición propia, atribuye al hombre de las cavernas seis voces arquetipos: *ba*, *kall*, *tal*, *os*, *acq* y *tag* para explicar una ingente masa de voces actuales de todos los grupos de lenguas.

Para hacer creíble esta increíble proliferación expone los cuadros de evolución fonética, por la que *ba* se convierte en *bi*, *bo*, *bau*, *wa*, *wo*, *pa*, *pai*, *pou*, *fa*, *fi*, *fou*, *ma*, *mu*, *mau*, *na*, *ni*, *nau*, y por prótesis en *aba*, *ifi*, *imi*, y por repetición en *papa*, *mama*, *nana*, de cuyos radicales salieron *papilla*, *vagina*, *mammilla*, *palpare*, *ballare*, *puer*, *vulva*, *vulgus*, *vidua*, *familia*, *femina*, *foederatio*, *murus* y hasta el cast. *esposa*. De la voz del antropopíteco *kall* supone que se formaron el cast. *cuchillo*, *lagar*, *lago*, *goleta*, *canal* y el topónimo *Logroño*.

No parece que este libro contribuya mucho al crédito del lenguaje natural; pero éste no se desalienta por ninguna audacia, y en un ambiente de general desánimo sigue con ánimo su camino. Cuando hasta los mismos sabios prudentes aconsejan demorar aventuras, porque la etimología natural no tiene aún más que datos incompletos, ésta se apresta a la empresa con sus pobres carabelas. Mitad sueños de nuevas tierras o proyecto de modesta montería, la marcha de esta nueva empresa cuenta con sus riesgos y fracasos. Sus monteros necesitarán duras piernas y ánimo resuelto, ojo vivo y pulso seguro, buenos pertrechos y sentido de los caminos y vientos de las palabras. Como predicen los sabios prudentes, los impacientes monteros saben de los frecuentes fallos de sus tiros; pero, al fin, lo que cuenta es sólo la caza cobrada, que hace olvidar los tropiezos y fallos.

Como en la busca cinegética o en la exploración geológica los nuevos investigadores van determinando los lugares donde han de encontrar las voces naturales y donde es inútil o difícil buscarlas. La exploración va ya señalando las zonas ricas, en las que eran precisas monografías

previas, como los ruidos orales del hombre, tan variados y ricos, que corresponden a millares de voces repartidas en todas las lenguas; las voces de las aves, que han servido para denominarlas; los ruidos de las cosas, clasificados en grupos y comprobados en ordenados experimentos. Otro importante número del lenguaje natural es el del ambiente infantil, donde el niño empieza a comunicarse y donde se añoran los que le rodean, y el del trato con los animales, con los cuales sus dueños inventan afectuosos idiomias, copiados frecuentemente, como en un coloquio amistoso, de las voces mismas de los animales. También la exploración va ya indicando los lugares de busca inútil o difícil, lugares de sedimentación y de arrastre de puntos alejados, donde el análisis no logra distinguir y donde han perdido el tiempo los etimologistas, como son las voces que no han tenido o que han perdido su relación con los ruidos de la Naturaleza. El hilo se descubre a veces por un intermedio, como en *alma* por *anhelare* y *halare* 'soplar'; pero en esa masa de voces la investigación es costosa o inútil.

La etimología naturalista, que es la de mayor ámbito, porque abarca todos los tiempos y lugares, no aspira a las grandes conclusiones del origen natural o convencional del lenguaje, de las posibles lenguas matrices de los grupos de idiomias, o de la lengua del hombre de las cavernas o del hombre primitivo.

Es posible que, por sus elementos y por tener el hombre una comunidad intelectual y física, la etimología natural pudiera acercarse más a la realidad que las más agudas fantasías y las comparaciones totales de las lenguas en masa; pero no aspira más que a someter modestamente una a una las palabras de cualquier idioma que ofrezcan la posibilidad de ser imitativas, infantiles, interjectivas o de trato interpersonal o con los animales.

La etimología natural, considerando modestamente insuficientes sus medios de audición, pretende, para sus comprobaciones, la colaboración de los laboratorios fonéticos con aparatos y testigos utilizables en sus experimentos, que expliquen las variables de todas las copias de cualquier sonido y, con ellas, la razón de las variables de las onomatopeyas de los idiomias.

V. GARCÍA DE DIEGO.